PRESENCIA

CALLE ESPESA

Las calles porteñas registran rápidamente y de manera en extremo sensible las alternativas de la vida ciudadana. En estos últimos días, no se sabe por qué, la calle se siente espesa.

Sociológicamente es muy difícil determinar de qué manera se espesa o se adelgaza un medio ambiente. A veces, en un determinado contorno, no del todo aireado a la circulación de noticias, es relativamente previsible que un rumor ha de cobrar dimensiones increíbles. Es claro que, si no ya un rumor, sino el mismo lenguaje de las facciones en juego adquiere tonalidades inusitadas, la imaginación y el "cotorreo" de ese ente, tan abstracto y tan concreto que es la opinión pública, ha de desatarse en un tableteo de rumores que se multiplican y acrecientan en cascadas.

La calle se espesó cuando el Presidente instó a los obreros del azúcar a hacer frente a la primera reacción, "con un alambre de fardo listo en el bolsillo para colgar a todos ellos" (*Democracia*, 9.6.51). Siguió la huelga universitaria por el "muerto" comunista. Luego los complicados en el "complot contra el prestigio de la nación", los "Braden, Griffith, oligarcas, comunistas y políticos opositores" (*Democracia*, 14.6.51). La C.G.T. interviene para advertir que está dispuesta a defender el justicialismo "en todos los terrenos y por todos los medios y sea cual fuere la fuerza que haya que enfrentar" (*Democracia*, 15.6.51). El Ministerio de Ejército denuncia la infiltración del plan subversivo en los cuadros del Ejército (23.6.51). "En todos los sectores obreros es condenada la confabulación" "con paros simbólicos". (*Democracia*, 24.6.51).

Detrás de los sociólogos vienen los políticos que se preguntan: ¿en beneficio de quién se espesa la calle? Porque ésta es la realidad. Todos andan detrás de esa inasible espesura buscando sacar de ella alguna ventaja.

Y aquí correspondería otro capítulo sobre el enigmático poder de fascinación que sobre unos y otros ejerce esa densidad de la calle.



NUESTRA CLASE MEDIA

En nuestro reciente editorial "Espiral inflatoria", señalábamos el curso de la curva registrada por el bienestar del elemento más ínfimo de la clase obrera. Tomando como base el año 1943, el salario real de un peón industrial se elevó en los años 1947-1949 en un 62 por ciento. En 1950 sufre una brusca declinación de 23 puntos, bajando de 162 a 139. Si tenemos en cuenta que la movilización y consumo de las inmensas riquezas acumuladas durante la guerra produjeron el bienestar efectivo de los años 1947-49, puede afirmarse que éste no se debió a un acrecentamiento de nueva riqueza y que por lo mismo no podrá mantenerse. Cada día se hace más sensible que el bienestar de los grupos sociales favorecidos se hace a expensas de otros grupos perjudicados. Es importante examinar qué modificaciones viene produciendo la política justicialista en la distribución de las clases sociales y qué consecuencias han de acarrear dichas modificaciones. Porque si, como parece, por efecto de esta política sale perjudicada nuestra clase media, días difíciles y aún sombríos nos depara el porvenir de nuestra patria. Acertadamente advertía recientemente Mons. Montini, Secretario Substituto de la Santa Sede, en Carta a la XI Semana Social de España, que "con los bienes privados realiza [el hombre de clase media] una sana y justa división de la propiedad, que así retiene el carácter de responsable, sin que caiga en forma de colectivismo anónimo, conservando su verdadera función de columna del orden social".

Significado de la clase media

La responsabilidad de la propiedad distribuida y extendida, he aquí el valor de la clase media como factor de estabilidad y progreso de una sociedad pacífica. Porque advierte allí mismo Mons. Montini que "la nota propia de esta clase es la independencia económica, mediante la cual le es posible asegurar la estabilidad social y la producción de bienes, formando así una feliz armonía entre el trabajo personal y la propiedad privada". Porque precisamente lo que caracteriza a la clase media,

al menos en lo económico, es que en ella se une el trabajo personal a un patrimonio o capital. Y así como las clases altas de la sociedad disponen de una suma tan considerable de capital que con ella pueden en absoluto vivir sin trabajar; y las clases ínfimas de tal suerte se ven privadas de todo patrimonio que sólo disponen de su trabajo físico o manual para ganarse el sustento; las clases medias disponen de un capital limitado que puede proporcionarles bienestar conveniente si es explotado por la propia industria y esfuerzo. Esto aparece manifiesto en las pequeñas y medianas industrias y comercios, y en los profesionales establecidos, como ingenieros, arquitectos, médicos, dentistas, abogados, y aun en el sector de la clase media dependiente, en el cual hay que reconocer un capital virtual, que es la preparación cultural, la cual proporciona a quien la posee oportunidades de más altas remuneraciones.

Nos llevaría un poco lejos el señalar cómo tanto el capitalismo como el colectivismo conspiran contra la clase media. El capitalismo, porque actúa a manera de una bomba aspirante que absorbe las riquezas y sus frutos, de manos de los económicamente más débiles para concentrarlas en las de los más poderosos; el colectivismo, porque actúa también como una bomba aspirante pero colocada del lado de los más irresponsables del organismo social, al menos en lo que a producción directa de bienes se refiere, es a saber, del lado de los proletarios. El asunto merecería una atención más detenida. Entre nosotros, si hemos de comparar nuestra situación con la de otros países de Iberoamérica, hemos de reconocer que ha habido una clase media extendida y próspera, en condiciones de mejorar rápidamente. Basta echar una mirada a las actuales familias llamadas "oligárquicas" para comprobar que, si no sus padres, sus abuelos, llegados a América en situación precaria, han sabido con el propio esfuerzo lograr posiciones aventajadas. Resulta exacto afirmar en términos generales que entre nosotros una persona medianamente normal y dotada de espíritu de empresa podía elevarse fácilmente de rango social. Pero ello se ha cumplido por la índole excepcional de nuestra riqueza alimentaria y a pesar de las injusticias del régimen capitalista. Si en lugar de este régimen hubiera estado en vigor un sistema más humano, que tendiera de por sí a distribuir las riquezas y no precisamente a concentrarlas, nuestra clase media hubiera alcanzado una mayor estabilidad e independencia y se hubiera unido más estrechamente con la propiedad del suelo y con la de los medios de producción. Nuestra clase media se ha caracterizado más propiamente como un apéndice de los grupos capitalistas, y por lo mismo se ha visto sujeta a la bruscas alternativas y sobresaltos de los ciclos de la economía internacional.

La política social gubernativa.

Porque nuestra clase media se ha sentido demasiado dependiente de las decisiones y de la suerte del capitalismo internacional se explica que haya visto en la Revolución del 4 de junio la hora de su liberación. La Revolución comenzó siendo un movimiento típicamente de clase media. El programa de recuperación de nuestras riquezas frente a los consorcios internacionales y el de una más equitativa y pareja distribución frente a la concentración en pocas manos prendió sobre todo en extendidos sectores de clase media. Por otra parte, ese programa fué incubado en medios de pequeña burguesía; los diversos movimientos nacionalistas que florecieron entre la revolución del 30 y la del 43, fueron de elementos típicamente medios. Merece un estudio especial el hecho de que entre nosotros se produce un paso directo del poder político de manos de los terratenientes a las de la pequeña burguesía. La gran burguesía industrial se ha desinteresado totalmente de la política.



Pero la revolución, que comienza siendo de clase media, rápidamente cae en manos de la clase proletaria. Aquí está lo distintivo de la política social del Gral. Perón. En lugar de fortificar en forma pareja la realidad económica nacional, robusteciendo las pequeñas y medianas empresas y dando asimismo apoyo a los sectores dependientes de la clase media, tales como el de los bancarios, profesores y maestros, técnicos y profesionales, y a los gremios de mayor significación cultural, como gráficos, ferroviarios y marítimos, hizo sentir exclusivamente toda la fuerza del poder estatal en favor de los peones del campo y de la industria; y aún preferentemente en los peones de industrias como las del azúcar y de la alimentación, cuyo personal se caracteriza por un más bajo nivel de preparación y de cultura; en los estibadores del puerto, en ordenanzas; es decir, en el elemento menos elevado de la clase trabajadora, en el ocupado en las tareas mecánicas de menor responsabilidad; justamente, en aquel elemento en el cual mejor se aplica la advertencia formulada por Carrel en su reciente libro, "La Conducta en la Vida", cuando dice que "una parte importante de la población no supera nunca la edad psicológica de los doce o trece años".

En este sector, el menos responsable económica y socialmente, ha volcado todo su apoyo el justicialismo. Ello aparece claro si examinamos el alza de los salarios de la clase obrera. Así por ejemplo, en 1943, un oficial zapatero ganaba $ 1.20 y el peón, $ 0.65; en 1950, gana $ 3 el oficial y $ 2.20 el peón; la diferencia que entre peón y oficial era de 1,85 veces se reduce a 1,36. En la industria del caucho, el oficial ganaba en 1943 $ 1 la hora, el peón $ 0.50, en 1950, $ 3.30 gana el oficial y $ 2.20 el peón. La diferencia se reduce de 2 a 1,50. En el gremio de la construcción, el oficial gana $ 1.03 en 1943 y el peón $ 0.70; en 1950, $ 3.38 gana el oficial y $ 2.60 el peón; de 1,47 a 1,25 se reduce la diferencia entre oficial y peón. En los metalúrgicos el oficial gana $ 2 en 1943 y el peón $ 0.90; en 1950 el oficial gana pesos 4.80 y el peón $ 3.10; la diferencia baja de 2,22 a 1,54. Corresponde advertir que aún dentro de un mismo gremio las mejoras que perciben los jóvenes que se inician es comparativamente mayor que las percibidas por los operarios de mayor antigüedad y responsabilidad en la vida. También tienden a nivelarse los salarios pagados a las mujeres y a los hombres.

Es fácil advertir que este desproporcionado mejoramiento de los sectores menos responsables de las empresas no puede sino acarrear perturbaciones dentro de las mismas con el consiguiente detrimento de la productividad. El elemento favorecido, por el hecho de tener menor responsabilidad en la vida y en el trabajo, tiene también bastante menor responsabilidad en el uso de los nuevos aumentos. En lugar de emplearlos para su elevación social y traducirlos en una vivienda más confortable, en una educación más adecuada de los hijos, en una progresiva estabilidad y mejora de la propia condición familiar, los ha de emplear en una serie de diversiones fútiles y nocivas que han de servir para aumentar su empobrecimiento moral y aún el psíquico-fisiológico. No compartimos el criterio de algún profesor de Etica justicialista que a las críticas formuladas por diversos sectores de opinión respecto de las consecuencias corruptoras que para las clases humildes acarrea la mayor disponibilidad de dinero, enseña que se debe responder "que no está mal que también ahora los trabajadores jueguen, se emborrachen y se diviertan, pues lo mismo ha hecho la oligarquía, durante un siglo sin recriminaciones de nadie".

Este mejoramiento desproporcionado ha provocado el ausentismo al trabajo y un menor rendimiento en los sectores mencionados, que se ha propagado luego al resto de las empresas con el consiguiente desaliento, indisciplina e irresponsabilidad. Señalamos ya en "Espiral inflatoria" que el rendimiento de los obreros ha disminuído en un doce por ciento en relación con el de los años 1937 a 1938. De cualquier manera el simple sentido común enseña que una sana política social debe estimular la responsabilidad; y si es una noble obligación ocuparse del mejoramiento de las clases más desguarnecidas de la sociedad, ello debe hacerse promoviendo un bienestar efectivo y humano. Así como sería censurable el padre de familia que prodigara dinero a hijos irresponsables que lo utilizaran para la satisfacción de sus vicios, así lo es igualmente una política social que permite y no remedia la irresponsabilidad en el trabajo y en la vida. Las consecuencias de esta nivelación no pueden ser sino sumamente desastrosas para el mismo bienestar de la clase obrera; porque quiebra el movimiento de legítima ascensión que debe efectuarse sobre la base del mayor esfuerzo y responsabilidad; y para el futuro crea un problema pavoroso, cual es el del menor rendimiento en la producción, el cual, si no es detenido, habrá de determinar un paulatino descenso en el nivel general de la misma clase obrera.

Una sana política debe estimular la responsabilidad en el trabajo, de suerte que se produzca un levantamiento general del bienestar obrero para que sus elementos más capaces vayan levantando su condición y se hagan aptos para asumir funciones de dirección no sólo obrera si no social. La clase obrera se ha de ir elevando progresivamente hasta alcanzar el nivel económico y cultural de la clase media. Ello sólo es posible por el trabajo y el ahorro. Pero además es necesario y previo que se sienta acicateada a este esfuerzo de elevación social. Y ello exige que tenga delante de sí, como un modelo que imitar, una clase media fuerte y estable, con sentido del progreso social.

Repercusión en nuestra clase media de la política social

Hemos examinado las consecuencias de la política social gubernativa en la clase obrera. Veamos ahora cuáles han sido éstas en algunos sectores de la clase media propiamente dicha. Los maestros nacionales ganaban en 1943 $ 270 y ganan $ 550 en 1951; los sueldos básicos se han duplicado en su valor nominal. Los empleados públicos han pasado de $ 160 a $ 450, es decir han obtenido un aumento en sus sueldos básicos de 2,8 veces. Los empleados de oficina han subido de $ 160 a $ 600, es decir, de 3,6 veces. Los bancarios de $ 170 a $ 450, es decir de 2,65 veces. En las profesiones se hace difícil dar cifra por la falta de estadísticas. Un dentista, por ejemplo, que en 1943 hacía una ganancia de $ 200 sobre una entrada de $ 400, en el 1951 hace apenas $ 1000 de ganancias sobre una entrada de $ 4.000. Si las entradas se han multiplicado por ocho o diez veces, los gastos han aumentado de doce a quince, lo que se traduce en una mayor ganancia nominal de cuatro o cinco veces.

Si exceptuamos algunos sectores de la clase media, como el de los maestros y bancarios, puede afirmarse en general que el aumento de los ingresos ha ido a la par del aumento en el costo de la vida, en lo que a bienes de consumo se refiere. En este rubro, el nivel do costo ha subido de 3,5 a cuatro veces. Decimos expresamente, en lo que se refiere a bienes de consumo. Porque la clase media mantenía su prerrogativa social de superioridad sobre la obrera no precisamente por una mayor erogación en los bienes elementales de consumo; sino por una vivienda más confortable y mejor aderezada, una mayor cultura, una

más esmerada educación de los hijos, y aquí es precisamente donde sufre mella su nivel de vida. Porque la vivienda, en los casos de un hogar nuevo, se ha elevado de 8 a 9 veces; el moblaje de 7 a 8; los artículos para arreglo del hogar, como heladeras, "frigidaire", máquinas de coser o de lavar, etc., han aumentado cerca de diez veces; y los autos que constituían la aspiración y el distintivo económico de una familia de clase media se han multiplicado por más de quince veces; los libros, obras de arte, pianos, etc., han subido igualmente en forma desproporcionada a los ingresos; y el servicio doméstico se ha hecho casi enteramente inalcanzable.

Es justo rendir un tributo de admiración al esfuerzo desplegado por los de la clase media para no decaer del nivel alcanzado en su condición. Muchos hay que han tomado dos y tres ocupaciones, sean empleos, comisiones o corretajes, a fin de equilibrar los egresos. Es claro que este esfuerzo se ha visto muchas veces mezclado y enturbiado con el recurso a la especulación y con prácticas si no inmorales, no siempre limpias y nobles. No es fácil predecir qué ha de acaecer con inmensos sectores de clase media si continúa o se agrava su actual sofocación. Muchas familias pueden experimentar el fenómeno tan corriente en Europa durante estos últimos años, a consecuencia de las guerras, de la inflación y del comunismo, *la proletarización de la clase media*. Ello ha de ser inevitable en los que no disponen de otros recursos que las entradas de sus alquileres o rentas fijas. Puede serlo también en muchos jubilados y aún en maestros o bancarios. No a todos se les puede exigir ardor continuado en una lucha que ha de hacer frente a tantas y tan graves dificultades.

Aún sin llegar a casos tan extremos, es indudable que con el actual estrechamiento de las posibilidades de la clase media, se ha de resentir también la cultura del país; esta clase es, en efecto, la depositaria de su acervo intelectual y artístico y la animadora de su progreso. Ello ha de ser más sensible entre nosotros por las dificultades cada vez mayores para recibir los aportes irreemplazables de los focos culturales del mundo. También se ha de resentir, al menos de inmediato, la cultura religiosa. Decimos de inmediato. Porque es muy posible que nuestra clase media, apremiada en lo económico, se recoja dentro de sí misma y profundice en la vida espiritual. Siendo eminentemente una clase metaeconómica, puede perdurar y ejercer una influencia profunda, si compensa sus apremios económicos con una dedicación mayor a los valores supraeconómicos. Estos son, además de religiosos, culturales y políticos. Una clase puede ser probada, y puede salir victoriosa de la prueba. Pero para ello la prueba no ha de prolongarse mucho.

En la misma actividad económica la clase media representa un factor de estabilidad, responsabilidad, espíritu de trabajo y de empresa. No nos atreveríamos a afirmar que los pequeños y medianos comerciantes e industriales hayan sufrido quebranto en sus realizaciones; tampoco afirmaríamos que se hayan enriquecido en forma apreciable. Pero es cierto que han sufrido molestias en su actividad y dignidad. Se han multiplicado los expedientes y controles; se ha echado sobre muchos de ellos sombras de inmoralidad; se ha establecido una serie de reglamentaciones muy difíciles de cumplir; de suerte que el comerciante y el industrial vive en una atmósfera habitual que le hace sentirse "delincuente legal" y que lo tiene bajo el temor permanente de que su nombre aparezca en las páginas policiales de la prensa. Por otra parte esta atmósfera de continua incertidumbre determina en muchos el propósito de liquidar sus mercaderías y refugiarse en tareas menos riesgosas; determina asimismo la búsqueda de una cadena de influencias y patrocinios que no ayuda a elevar el nivel moral en los negocios.

Para terminar la descripción de este cuadro, en el cual se nos muestra la clase media debilitada a costa del mejoramiento inútil y aun nocivo de sectores más ínfimos de la clase obrera, debiéramos decir una palabra de otro debilitamiento que se efectúa en ella a costa del desarrollo que adquieren las grandes empresas financieras. Con la persecución a la riqueza responsable y con el favorecimiento del anonimato de las empresas se ha producido una corriente en gran escala de medianos capitales que se han transformado en sociedades anónimas. No disponemos de estadísticas para dar cifras exactas. Pero es manifiesto que el capitalismo en su manifestaciones más nocivas de anónimo, irresponsable y monopolístico, está adquiriendo un incremento extraordinario en estos últimos años.

Debilitamiento y extinción de la clase media y desarrollo del colectivismo, son una misma cosa. Y sabido es que el socialismo, y así lo han enseñado Marx y Lenín, se acrecienta no sólo por la acción que tiende a proletarizar los elementos sociales sino también por la que se encamina a concentrar en pocas manos los medios de producción. Las directivas, en cambio, de la Iglesia en materia social preconizan un orden económico fundado en la responsabilidad de la empresa personal. Y ésta es típicamente la pequeña y mediana empresa.

Nuestra clase media, absorbida hoy por dos extremos devoradores —el proletariado y los "trusts"— lleva en su suerte la suerte misma de la paz social de la nación.

PRESENCIA

DEL OMNIBUS PERDIDO Y DEL PAISAJE ENCONTRADO

Si por perder el ómnibus perdido
encontré este paisaje inusitado
fuera mejor no haberlo perseguido
y quedarme en la sierra abandonado.

El valle de crepúsculo inundado
estaba en dulce paz atardecido
y era todo un milagro inesperado
para el ojo y la arteria y el oído.

El ómnibus perdido y alejado
quedó en la curva desaparecido
como un recuerdo tonto y sin sentido.

Y en el bello paisaje sumergido
juzgué por bien perdido lo esperado,
pensé que era ganado lo perdido.

GREGORIO RIVERO ITURRALDE

PAGINAS DE THIBON

Es ilusoria la autarcia de los pueblos; aún cuando la revolución parezca brotar de la conciencia popular, el hombre de la multitud, entre las manos de ciertos conductores, sigue siendo un instrumento tan ciego como el legionario romano que se batía para establecer la dictadura de Sylla o de César. Hay esta diferencia, sin embargo: mientras un César se limitaba a *ordenar* a sus soldados sostener la revuelta de César, un demagogo *persuade* a las multitudes a que se levanten para la salvación de la multitud; finge ser tan sólo su personero y su servidor; su arte consiste en hacerles creer que conducen el juego revolucionario, que son causa primera cuando son instrumento servil.

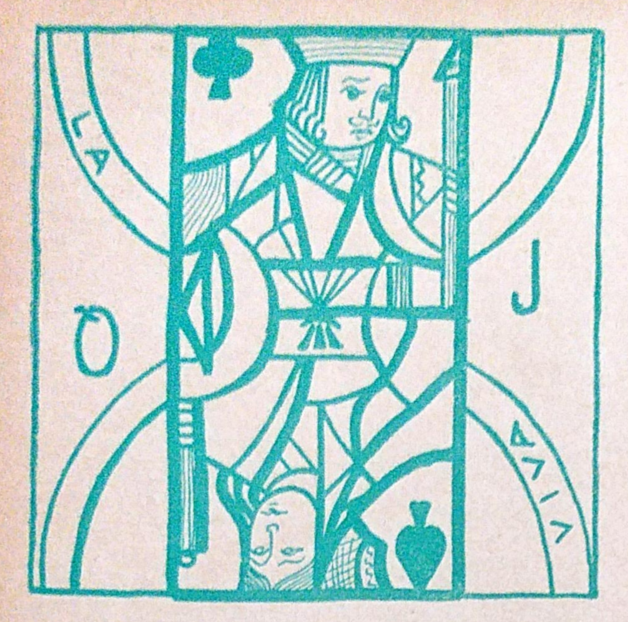
Las revoluciones, como revuelta de las masas contra la autoridad, sólo pueden justificarse por las reacciones saludables que a veces provocan en una organización social que las precede, las sustenta y las sobrevive. Si las revoluciones "hacen bien", este bien presupone el orden y la tradición que quebrantan: se realiza en este orden antiguo, restablecido y rejuvenecido a la vez, es decir, *después* de la convulsión revolucionaria que en sí sigue siendo un mal.

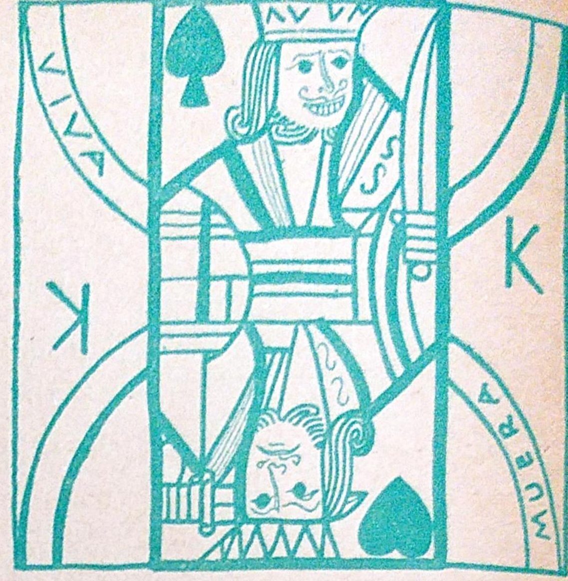
La conmoción social de tipo democratista, que pudo parecer necesaria por la dimisión de las clases dirigentes, sólo consigue extender y generalizar en el conjunto del cuerpo social una corrupción primitivamente *limitada a lo alto* por la jerarquía y la disciplina. En una revolución no es la virtud la que se venga, es el vicio el que se enjambra. El resultado más claro de esta "cólera sagrada de los pueblos" es la multiplicación de los convidados al festín de la corrupción.

El fariseísmo de la clase dirigente enardece la insurrección del subordinado. Pero, observado de más cerca, se comprueba que en el fondo el revolucionario tiene una necesidad del fariseo. Tan feliz es de encontrar en su fealdad un pretexto...

Si en toda síntesis —biológica o social— el inferior resiste en alguna medida al superior, también es fundamentalmente atraído por éste. Cuando esa seducción no es sana, se asiste a esta monstruosa paradoja, que es como el nudo psicológico de las revoluciones: la influencia del superior sobre el inferior conduciendo a la ruina del todo; pueblos levantados contra el poder de sus dirigentes pero envidiosos de su corrupción, sensibles a todas las enfermedades de la autoridad, mas rechazando la naturaleza de la autoridad.

El revolucionario cree en la posibilidad de una reforma total. "Destruyamos este edificio social impuro, clama su fe; para recons-





truir, partir de la nada". Y bien. Dios solamente puede partir de la nada. Y no lo hace. Prefiere reiniciar su jornada con la mediocridad y el mal humanos. Nadie más lento que Dios para destruir; se inclina, para salvarlas, sobre las menores reliquias de ser y de verdad que subsisten bajo el escándalo y la rutina; sus manos son avaras del fuego del cielo.

Tengo horror al exceso de los opresores. Y más aún al desquite de los oprimidos. Pero la visión de estos dos abismos, como decía de Maistre, no debe suscitar en nosotros una suerte de desesperanza política. Existe un camino de cresta por donde se evitan, dominándolos, los dos abismos opuestos. El de la reforma —revolución, si se quiere— dirigida desde arriba.

Mientras más consagra una reforma la manumisión material o moral de las clases débiles, más fuerte y respetado debe ser el poder que la concede. No sin razón se ha podido decir a los jefes de todo orden: "En la medida en que tu *justicia* acuerde su *derecho* a tus subordinados, es necesario que tu *fuerza* pueda resistir sus *pretensiones*. Jamás descuides este doble deber: cada vez que otorgues hoy lo que es justo, piensa que tú deberás quizás mañana rehusar lo que es injusto. Que tu fuerza sea bastante dulce para hacerse amar, pero que tu benignidad no sea nunca bastante débil para dejarse explotar..."

No sentía orgullo el astro ni el gusano envidia, escribe Víctor Hugo hablando de la armonía edénica. Este verso expresa maravillosamente lo que deberían ser las relaciones entre los diversos organismos sociales: el inferior levantado hacia el superior no para destruir, sino para *recibir*, y el superior inclinado sobre el inferior para *dar*, y no para oprimir.

LA MUERTE

Tremenda confirmación e indubitable preeminencia asigna el Eclesiástico a la desesperante preocupación que abruma al hombre, el pensamiento de la muerte: "Grandes tráfagos ha asignado Dios a todo hombre y un yugo pesado sobre los hijos de Adán, desde el día de la salida del vientre de su madre hasta el día de volver a la tierra, madre de todo viviente. Objeto de sus cavilaciones, y el miedo de su corazón y el fin de sus palabras es el día de la muerte". (Ecl. 40, 1-3). Este miedo intenso y devorador a la muerte traslucido por Unamuno es patente también en Job.

Ante esa suprema incógnita última de nuestras certidumbres el no ser lucha por cobrar realidad y nosotros por desentrañarla; mas sus celosos velos guardianes no han permitido que nadie ultraje y descubra lo que tan afanosamente ocultan. Es ella la sujeción impuesta por Dios en el paraíso, esa muerte que nos da para hacernos vivir; y es que "quien vive de muerte no muere nunca".

La insondable muerte tan vitalizadora y acercante a Dios obliga al hombre a preocuparse de sí mismo; es ella quien le sitúa en el universo, dándole consciencia de su ser y de su humanidad perecedera. El hombre comienza a rumiarla, a paladearla con amargura, con desesperante sinsabor; se da cuenta entonces de que está emplazado en un mundo incomprensible y sin finalidad, que se halla espantosamente solo, arrojado un día al tiempo sin saber su causalidad, ajeno al porqué y para qué de su existencia y salido de una nada que lo espera nihilizar nuevamente cuando muera, se le vuelve la vida, trágica, torturante, estúpidamente vivible e insoportable.

Ante tal visión que haría desembocar al hombre en el suicidio, la esperanza le abre las puertas de la fe en Dios; la fe nos salva, sin ella estaríamos perdidos. Y quizás todo, quizás toda la vida se reduzca a iluminar con fe el vacío que —según Pascal— le dejó Dios al crearlo.

Y no es que en teniendo fe solucionemos el mundo o no nos preocupemos por él. No es que con fe nos anestesiemos el espíritu y morfinemos el corazón. Si el ateo con sus pesares, que vive la vida por vivirla, asegura ser por la angustia que lo inflama un verdadero hombre, no se percata que tiene demasiadas cosas resueltas y que el creyente tiene a Dios ante su mirada, que le agita y sacude el alma la vida y la muerte, que le desespera muchas veces la eternidad y el cosmos, que le preocupa Dios; que todo esto le impide llevar una existencia plácida y despreocupada como arguye el sin Dios, que nunca aunque él quiera llega a serlo. Miguel Angel, tempestuoso meditador de la muerte cuya imagen llevaba "esculpida en su pensamiento", ha expresado profundamente los sentimientos que despierta el hecho de nuestro supremo acabamiento: "Y os recuerdo que si se quiere uno encontrar a sí mismo y de uno mismo gozar, no es menester acogerse a tantos deleites y alegrías sino que hay que pensar en la muerte. Este pensamiento es el único que nos hace reconocernos y que nos mantiene unidos a nosotros mismos sin dejar que nos arrebaten... ella (la muerte) destruye por su naturaleza todas las cosas, conserva y mantiene a los que en ella piensan y de todas las humanas pasiones los defiende".

Si pensáramos que un día nos consumiremos en la inconsciencia, no encontrando ante nuestros ojos nada, absolutamente nada, que lo que nos rodea dejará de mirarnos, que un día infaltablemente no pensaremos, ni sentiremos, que no seremos, lograríamos entonces actualizar en nosotros el anterior párrafo miguelangelesco y reflexionar en nuestro Dios humanizado que sudó sangre para redimirnos.

Es el inmortal anhelo de perduración que nos antepone la imagen de la muerte; dicho anhelo responde a un deseo grabado a fuego en nuestra naturaleza, pues no queremos morirnos si con la muerte se acaba nuestra consciencia de haber sido. Sin embargo, ya por temor o por ciega despreocupación no existe inquietud por nuestro destino.

¿Qué clase de hombres son los que poseyendo un deseo innato en su yo de inmortalidad, agachan la cabeza y se resignan a no ser conformándose con la fugacidad de una vida? ¿Qué es la vida frente a una nada infinita, eterna? ¿De qué sirve aquello del vivir bien sin hacer mal a nadie, actitud esta muy loable, si como seres humanos conscientes nos atormenta, aterrándonos, la terrible soledad de la total finitud?

¿O es que el vivir nos predispone a la nada? ¿Quiénes son los que con la vida se conforman y consuelan? La vida que a veces más sueño que realidad al brindarnos una existencia de ensoñación, nos oculta a esa implacable acechadora al embebernos con su presente. Y si es palpable que a veces nos vela el futuro, también es evidente que ella —como dice G. Papini— "nos proporciona lo que más vale e importa: el gozo y el tormento de la creación, la gloria, el amor, el dolor, la fe en Dios y en Su misericordia".

He aquí admirablemente resumida la vicisitud humana: el hombre gozador de la creación y atormentado a la vez por ella, que ama, sufre y cree; infatigable buscador de lo eterno que sondea constantemente en su misterio, en el del universo y en el de Dios.

¿Es que acaso nos preguntaríamos con Anás Vercors, es que acaso la finalidad de la vida es vivirla? Y al instante responderíamos con el personaje claudeliano: "No es vivir sino morir y no construir la cruz sino subir a ella y dar sonriendo todo lo que tenemos. En esto está la alegría, en esto está la libertad, en esto la gracia, en esto la juventud eterna".

RAÚL ECHAURI.





EL MISTERIO DEL DICTADOR

Es muy difícil hacer una crónica de la época que sucedió al gobierno de Hanko Kumesh. Se puede conocer más o menos bien la historia de un período revolucionario por confuso que sea; pero la historia de un período sin historia es la contradicción misma, un atentado metafísico contra el principio de identidad.

Sin embargo, a pesar de esta evidente contradicción, el doctor Kurt Dopsch opinaba que el hilo de la historia, aunque invisible y oculto bajo la rutina de una burocracia llevada al límite de la perfección, continuaba tejiendo su fina malla.

Este matiz providencialista de su genio[1] fué la perdición de Kurt Dopsch.

Un día aparecí en su despacho con una memoria clínica que me había encargado y en su lugar encontré la fisonomía adocenada de Hug Finlay.

Pregunté por Kurt.

Finlay levantó sus ojos azules, estúpidos de indiferencia.

—Renunció —dijo—. Creí que sabías.

Y siguió enfrascado en la lectura de unos papeles.

Por un momento sentí la caricia helada del miedo. No era la primera vez que un funcionario renunciaba y no se sabía más nada de él.

Como una respuesta de ultratumba recordé las palabras de Dopsch y su maliciosa sonrisa.

"—Un funcionario existe en función de su cargo, cuando por razones de cargo debe renunciar deja por lo tanto de existir". Y todavía agregó con una tristeza cuyo presagio aciago me llegaba ahora en una oleada de sangre amarga y derrotada: —Pero créeme que la historia es la historia del hombre y esto sigue marchando de una manera que la máquina mejor montada no puede prever.

Mucho tiempo permanecí sentado en mi escritorio obedeciendo a una costumbre de trabajo fuera de la cual no encontraba sino el vacío, la nada.

De a ratos me distraía y pensaba en Kurt. Era una tentación peligrosa pero irresistible a la que muy difícilmente lograba substraerme.

Cuando concluí mi faena de aquella tarde, tomé la historia clínica que Kurt me había recomendado con tanta insistencia y la leí.

Confieso que ni ese día, ni después de algunas lecturas posteriores logré dar una unidad coherente a los textos de la memoria; pero, y aquí con leve sonrojo admito la influencia inconveniente del providencialismo de Dopsch, un acontecimiento que no por providencial resultaba ilógico me dió la clave del problema.

Aquella noche me tocaba guardia. Antes de acostarme, me quedé un rato en la terraza del pabellón de los médicos fumando un cigarrillo y contemplando el hermoso cielo de verano; estaba tan estrellado que la noche entera coruscaba como una corona.

No sé si fué esta u otra idiotez por el estilo lo que se me ocurrió pensar, o tal vez fueron varias comparaciones más o menos triviales las que se disputaban en aquel momento mi estro poético. La estridulación de los grillos. Un grifo que chorreaba agua en las sombras. La fronda sumisa de los paraísos que, agitados repentinamente por la brisa, me enviaban su perfume ardiente y salvaje.

Después todo esto se sumó a un semisueño, que por momentos nublaba mi conciencia, y me parecía que los rumores de la noche se hundían en el tiempo y recobraban no recuerdo qué horizontes más jóvenes y despreocupados.

De repente una mano real me tocó en el hombro.

Debo haberme incorporado un poco sobresaltado porque el enfermero sonrió.

—Doctor, el 513 se muere; hace un rato pidió hablar con el doctor Dopsch.

Me levanté con lentitud. Un vago recuerdo se insinuaba en mi memoria.

—513, 513 —pensé—. ¿Por qué precisamente con Dopsch?

—¿Qué caso es? ¿no recuerda?

—Sandy Hoops, un mecánico loco. El doctor Dopsch lo atendía.

Recordé de golpe al hombrecillo de la historia clínica. Por fin la casualidad me obligaba a ponerme en contacto con el héroe de una aventura que tanto me interesaba.

Seguí al enfermero hasta el pabellón donde se internaba a los moribundos. En el camino recordé el caso con mayor precisión: Sandy Hoops, mecánico de 47 años, internado hacía ya dos años. Paranoia.

¿Qué relación podía tener todo esto con la desaparición de Kurt?

Frente a la modesta cama de hierro eché una ojeada profesional a la hoja clínica. La curva de la fiebre había bajado de golpe. El pulso, apenas perceptible, parecía luchar contra una sangre demasiado espesa.

El rostro pálido y afilado del enfermo estaba contraído por un esfuerzo agotador.

Por un momento movió los labios como si pronunciara unas palabras. Me incliné sobre él hasta tener mi oído casi pegado a su boca.

Entonces me miró. Parecía reconocerme o buscar en la memoria no sé qué desvanecido fantasma.

—¡Dopsch! ¡Dr. Dopsch!... Destruya todo el aparato... Créame doctor, yo soy Anko Kumesh... yo... Sandy... Anko...

Después sus palabras se hicieron más rápidas e incoherentes. Cuando dejé de percibir su voz, levanté la cabeza y me apresuré a bajar sus párpados sobre los ojos abiertos e inmóviles.

La historia clínica de Sandy Hoops está aquí sobre mi escritorio. ¿Me atreveré a afirmar que ella contiene la verdadera historia del gobierno de Anko Kumesh?

¿Seré capaz de asegurar que bajo la pétrea y dilatada perfección del más perfecto sistema de gobierno que jamás haya existido, la historia, la verdadera historia haya jugado su papel con tanta banalidad y despreocupación?

Por lo demás no tengo la iniciativa ni la fe providencialista de Dopsch, para arriesgar así nomás porque sí el destino funcional que cumplo en el Estado.

Sólo para entretenerme y pensar en Kurt he arreglado estos papeles de manera que ofrezcan una unidad de sentido. Tampoco he podido evitar algunas consideraciones personales, acicateado por el deseo de explicarme el papel que mi amigo desempeñó en esta singular historia.

La fuente principal para conocer la historia oficial de la época de Kumesh, es una gruesa monografía del profesor Fritz Loots intitulada "Wirtschasliche und Sozialemechanik Grundlagen der Kulturent aus der Zeit von Motzche bis Hanko Kumesh"[2].

Las reflexiones personales sobre Kumesh y las consideraciones de carácter político son exiguas, limitadas y torpes. Apenas dos palabras sobre el ser humano que fué Anko y éstas para indicarnos, con el tono más neutro que puede adoptar un especialista tudesco, que Kumesh era un gran aficionado a la mecánica.

Observa Loots en el capítulo XI de su obra:

"Esta pasión fría y razonada por
" la mecánica lo mantuvo alejado
" de todo romanticismo político.
" Propuesto el problema de tener
" que ordenar el gobierno, aplicó
" con paciencia y método sin igual
" su disciplina de relojero al arte
" de gobernar.

"Cuenta alguien que conversó
" algunas veces con él que habién-
" dolo visto componer un reloj con

“destreza sin igual, le recordó que Voltaire había comparado a Dios con un buen relojero y luego agregó para atenuar la lisonja: —Pero en realidad, Excelencia, lo admirable resultó ser el reloj; pues una vez puesto en marcha no necesitó más de su creador.

“Cuenta que Kumesh lo miró un rato con ceño pensativo y melancólico, cosa extraña pues nunca se había interesado en las ideas de orden general y su inteligencia, poderosa en su misma reducción, sólo funcionaba en términos de mecánica.

“Tal vez en lo político alguien pudiera hacer lo mismo. Habría respondido Kumesh, según los recuerdos de su interlocutor: —Ese Voltaire me ha dado una buena idea”.

Aquí concluye el profesor Loots su disgresión humanística; inmediatamente el especialista toma la pluma y ya no ha de parar hasta darnos una idea exhaustiva de la organización económica del régimen de Kumesh.

Un periodista nipón, no se logró saber porqué japonés desatino, quiso en vano entrevistar al dictador. Como se hiciera un poco fastidioso recibió la orden de volver a su país. En la premura de la marcha olvidó un pequeño cuadernito que fué encontrado en el bolsillo de Sandy Hoops pocas horas después de haber sido internado en el manicomio.

En una hoja, el nipón había escrito estas enigmáticas palabras, subrayadas con lápiz rojo, posiblemente por el propio Sandy:

“¿Sabe alguien el verdadero mecanismo de las oficinas administrativas de Kumesh? ¿Se conoce el número aproximado de empleados, secretarios, jefes, subjefes, intermediarios y gentes de todo pelo que reciben órdenes telefónicas de gente que recibió órdenes telefónicas de gente, etc., etc....? ¿Puede alguien no enloquecer pensando la infinita cantidad de causas segundas que hay que atravesar para llegar a la causa primera?

“¿Existe Kumesh? ¿No será todo esto un carrusel siniestro en el que todo se mueve en un círculo mecánico que el miedo impide romper?”.

La esposa del periodista nipón esperó en vano a su marido de su viaje de investigación y estudio. Decepcionada por la curiosidad propia del gremio de publicistas, se casó en segundas nupcias con un honrado tintorero, oficio democrático y limpio, al que los viejos Samurays se adaptan con facilidad.

—¿Acaso tú sabes que Kumesh existe?

¿Por qué el tonto de Sandy Hoops se le ocurrió hacer esa pregunta estúpida a su viejo y tranquilo colega Arnold Fischer, esa radiante mañana de mayo?

—¿Existe Kumesh?

El viejo Fischer giró con apenas disimulado terror su cabeza color zanahoria.

¿Quién podía afirmar que ningún otro sino él, lo había oído?

Diez años de gobierno perfecto le habían enseñado que todo oye. Las paredes, los techos...

Levantó sus gastados ojos azules, miró hasta las tristes margaritas con sus botones amarillos.

—Me voy, Sandy... —musitó con la garganta seca, mientras pensaba a toda velocidad: tengo que delatarlo antes que se me adelanten... pobre Sandy... está borracho.

—Pero, Arnold —protestó Sandy—, recién me ves y ya te quieres ir. Tú sabes lo que es estar diez años encerrado con ese loco de Kumesh, modificando, dando retoques, preparando los discos, la victrola. Y todavía al morir me mira con sus ojos redondos de culebra y me dice: —Sandy, cuando hayas terminado me pones en el incinerador... tú atiende la máquina. Tú eres desde hoy en adelante Anko Kumesh.

Y reventó. ¿Comprendes, Arnold, viejo amigo?

Pero en vano buscó con desolados ojos la gorda figura de Fischer. Había desaparecido.

El interrogatorio policial agregado a la hoja clínica es breve y sumario:

“Interrogado el infrascripto por las palabras imprudentes proferidas en un bar de barrio, sonrió con mansedumbre:

“—Llamen al Ministro de Policía. —Y agregó con más candor aún: —Aunque no me conoce, me va a comprender.

“Observado el despropósito de su pedido, dijo que se llamara al Alto Comisario de los Asuntos Interiores.

“Algo irritado el funcionario policial bromeó:

“—Vd. es un chusco o se hace el loco. ¿No quiere hablar con su Excelencia el Presidente del Partido Anko Kumesh?

“—No —respondió el susodicho Hoops—, Kumesh soy yo. Por lo menos el único Kumesh que queda. Y le aseguro que si no estuviera harto de serlo no haría esta confesión que en cierto modo traiciona lo que le prometí antes de morir al verdadero Kumesh.

“Lo que sucedió a esta original manifestación del hombrecito no interesa a los efectos del sumario. Se dispuso dar aviso al manicomio Carlos Marx. El Dr. Dopsch se hizo cargo del enfermo”.

Kurt Dopsch no era el funcionario adecuado para una tarea tan rica en sugestiones peligrosas.

Me explico: inadecuado en su sentido burocrático. Su capacidad como psicólogo no podía ser negada. Pero precisamente el hecho de ser un excelente médico lo convertía en un pésimo funcionario.

Observó a Sandy varios días. De las conversaciones que tuvieron no queda ningún testimonio, apenas una que otra observación que transcribo en estricto orden cronológico y que quizá si se piensan bien, pueden arrojar un poco de luz sobre lo que pensaba Dopsch del extraño caso:

“No creo que sea un paranoico. Es humilde, sencillo. Habla de su función extraordinaria cerca de Kumesh casi con aversión. No se nota para nada la polarización de todas sus actividades psíquicas en orden a una idea obsesiva.

“A veces me contempla como haciéndose cargo de mi incredulidad e intercala una broma, una modesta ironía.

“Hoy me dió detalles técnicos sobre el aparato. No encontré nada que no fuera perfectamente realizable. Su simplicidad genial es escalofriante.

“No pude resistir la pregunta.

“—¿Cuánto tiempo cree Vd. que puede durar... funcionando solo?

“—Tal vez cincuenta años —fué la fría, segura respuesta del experto.

“Anoche estuve nuevamente con Sandy fumando un cigarrillo en la terraza.

“Largo rato permanecimos silenciosos observando el parque.

“La noche oscura, cargada de nubes pesaba extrañamente sobre nosotros.

“Un relámpago lejano rasgó el horizonte y el trueno percutió sordamente sobre nuestras cabezas. Una gota tibia, gruesa, salpicó la frente de Sandy.

DE MONSEÑOR MONTINI

Mons. Montini, Substituto de la Secretaria de Estado de la Santa Sede, ha enviado la carta que reproducimos a continuación a la XI Semana Social de España, la que se refiere a la importancia de la clase media y a la urgencia de remediar sus necesidades.

“Excelentísimo y Reverendísimo señor: He tenido el honor de hacer presente al Augusto Pontífice las noticias que vuestra eminencia me ha comunicado sobre la próxima celebración en la ciudad de Barcelona de la XI Semana Social de España.

Con gran acierto y oportunidad ha propuesto la Junta Permanente de Semanas Sociales, como tema general de ésa, los problemas de la clase media, cuya importancia es notoria en el estado actual de la sociedad. Se trata, en efecto, de una clase de vastísima extensión. Sus miembros pertenecen a la industria y al campo, a la artesanía y al comercio; son empleados y personas de carrera; es una notable parte de la población, con características peculiares y cuyo influjo social es digno de especial atención. La nota propia de esta clase es la independencia económica, mediante la cual le es posible asegurar la estabilidad social y la producción de bienes formando así una feliz armonía entre el trabajo personal y la propiedad privada. Con esfuerzo y labor propios, el hombre de la clase media conserva su autonomía y su dignidad, sin tener que mendigar su sustento. Con los bienes privados realiza una sana y justa división de la propiedad, que así retiene el carácter de responsable, sin que caiga en forma de colectivismo anónimo, conservando su verdadera función de columna del orden social. Pero una serie de circunstancias, principalmente en estos últimos tiempos, ha conducido, a causa de la evolución económica, a fuertes concentraciones de bienes, rompiendo muchas veces el equilibrio antes mencionado. Esas razones y otras que podrían enumerarse como la inflación, tan contraria al espíritu de ahorro, y las excesivas cargas fiscales, han producido en la clase media dificultades y trastornos que urge remediar.

El Santo Padre ha visto en el programa de la Semana el empeño con que se pretende estudiar el conjunto de estos problemas familiares, económicos, sociales y morales, y quiere que llegue a todos, profesores y semanistas, su alentadora palabra, que les estimule en esta labor social realizada con la noble y elevada mira, ahora en favor de la clase media, y siempre con el fin de dar a los católicos la conciencia que deben tener en las cuestiones sociales, en que tanto pueden y deben hacer por motivos de la fe que profesan. Su Santidad implora del Altísimo las divinas luces sobre los trabajos de la semana, y, con particular benevolencia hacia todos los asistentes, otorga de todo corazón a vuestra eminencia y a ellos la bendición apostólica”.

"Me miró. Sus apagados ojos azules parecían húmedos.

"—Nos hemos olvidado de dar gracias a alguien por estas pequeñas sencillas gotas de agua —observó.

"Vi iluminarse el ascua del cigarrillo, arrojando sobre su cara un resplandor rojizo.

"—¿Ha pensado mucho en cosas así? —pregunté por decir algo, o tal vez porque a mí a veces se me ha ocurrido tener una idea semejante.

"—Algunas veces... después de la muerte de Kumesh... estaba tan solo.

"Titubeó un momento y continuó: —Vea... Quizá la culpa la tenía el mismo Kumesh. El me sugirió todas estas flaquezas. No vaya a creer que Anko me hizo confidencias de sus pensamientos más íntimos. No. No... Pero me me creía una especie de máquina, un ser mecánico.

—"Tú eres el hombre—, me había dicho en cierta oportunidad. "No tienes nostalgias ni recuerdos, ni ideas propias. Te gusta tu trabajo y para eso vives".

"Después que murió recordé sus palabras. Primero con un poco de orgullo, luego con cierto malestar y finalmente con asco. Entonces quise tener nostalgias y recuerdos e ideas propias. Y comencé a pensar.

"Pensaba con una fuerza incontenible y violenta. Por momentos se me ocurría que cambiando las órdenes de Kumesh, podía lanzar un llamado a las armas, provocar una revolución, hacer fusilar media docena de altos funcionarios. ¡Qué sé yo!..."

"Las gotas de agua arreciaban. A paso rápido nos dirigimos hasta la galería.

"Allí Sandy se detuvo. Pálido como una hoja se llevó las manos al pecho.

"—Es aquí —dijo.— Una tuerca que no deja funcionar el dínamo.

"Antes que se desplomara lo sostuve".

"Se repone de a ratos. En uno de esos momentos reunió todas sus fuerzas para decirme:

"—Dopsch, destruya el aparato, todos los desórdenes humanos son preferibles a esa perfección ortopédica...

"Hizo un esfuerzo como para alcanzar una ráfaga de aire, y por un momento su pecho se dilataba y se hundía como un fuelle roto".

"Sandy está mejor aunque un poco agitado. Hablamos, no quiero dejar asentado todo lo que conversamos. Me dió instrucciones detalladas para alcanzar la cámara Kumesh, centro y corazón del aparato. Me advirtió los peligros que corría.

"Estoy nervioso. ¿Acaso creo en lo que Sandy Hoops me ha dicho?"

"Voy a hablar un rato con mi colega Nebur, es todavía algo que recuerda a un hombre".

Es la única vez que me encuentro mencionado. ¿Debo tomar como un cumplido lo que Dopsch pensaba de mí?

Afinando la memoria, recuerdo que efectivamente Kurt se presentó en mi casa a una hora inesperada.

Yo jugaba a los cubos con mis nenes. Se trataba de ordenar las frases del último slogan de Kumesh. El varoncito que ya tiene siete años, había logrado formar la primera parte del axioma: "El hombre es un mecanismo delicado cuya felicidad es Anko Kumesh".

Kurt lo leyó mientras permanecía de pie detrás nuestro.

Sentí el grave peso de su mirada triste y honda. Una reflexión cargada de pesimismo enturbiaba su rostro inteligente.

Me levanté con la mano tendida.

—¿A qué debo tan insólita visita, viejo Kurt? Tu noble faz traiciona hondas preocupaciones que puedes volcar sobre mi pecho—, bromée.

Kurt sonrió con melancolía.

—Pienso en la felicidad mecánica de los mecanismos, en la alegría de los tornillos, en la dicha de los decretos ministeriales y pienso también que en los manicomios queda algo de cordura.

Mientras hablaba, Kurt tomó asiento.

Preparé un brebaje y le alcancé un vaso. Y como era su costumbre lo miró un momento al trasluz, me saludó con él y bebió.

—Mira Nebur—, dijo entrecerrando sus francos ojos castaños. Hubo hace muchos siglos un pensador cristiano que se llamaba Boecio. Escribió una definición del hombre en la que no puedo dejar de pensar. *Individua substantia naturae rationalis.* Perdóname la jeringoza, pero yo soy un poco anticuado en mis preferencias culturales y hasta he llegado a pensar que los cristianos no eran tan idiotas como se nos quiere hacer creer. Pero volviendo a mi substancia individual de naturaleza racional hasta tal punto ha sido desubstancializada por la mecanización de su racionalidad que hoy podemos sustituir la definición de Boecio por esta de Kumesh: El hombre es el único aparato inventado por él mismo.

Lo miré por sobre el vaso con perpleja ironía.

—Salud—, me sonrió. Bebió otro trago y siguió hablando.

—En ciertas oportunidades me ha ocurrido creer en algo así, como eso que los escolásticos cristianos llamaban el libre albedrío: El hombre se determina humanamente, por su voluntad iluminada por su inteligencia.

—¿Pero si se mete en una máquina a toda marcha y pierde el control de la dirección y los frenos? ¿Qué leyes determinarán su imprevisible trayectoria?

—Pues las leyes que rigen los movimientos de un bólido lanzado al espacio, querido Kurt, argumenté con énfasis oratorio.

—Diez, Nebur. Sobresaliente. ¿Qué hacer entonces?

—Buscar con la vista un mullido prado y tirarse y, ahora, mi buen Kurt, no me propongas más problemas truculentos y quédate a cenar con nosotros, invité.

—No puedo hijo, respondió Kurt y enseguida agregó: —Debo advertirte que aunque no se encuentre el mullido prado, hay que tirarse lo mismo.

Apretó mi mano con fuerza y salió. No lo he vuelto a ver más.

Aquí termina lo que sé de esta historia. Desaparecido Kurt Dopsch he quedado sin amigos. La gente no confía en los sentimientos, son tan imperfectos, tan imprevisibles y desordenados...

La camaradería tiene sobre la amistad la superioridad de un orden impuesto por el club, la oficina o el Estado. Tiene leyes de equipo que uno prevé, conoce y respeta... y luego no escarba en la intimidad de nadie... ni compromete nuestra afectividad.

A veces cuando escucho la voz de Kumesch, su voz metálica de disco que ora modula ira, dolor, abnegación o triunfo, se me ocurre que Kumesh ha muerto y pienso en el aparato encargado de hacer sobrevivir sus órdenes, su frío y lúcido exceso de poder.

¿Será posible que un dictador sea una máquina anónima, una marcha fatal de un mecanismo irresponsable?

R. Calderón Bouchet.

[1] No me hago eco del sentido que el Dr. Nebur da a la palabra providencialismo. Pensad que para una mente del presente, incapaz de trascender el plano de los hechos físicos, estos viejos conceptos teológicos significan la vaguedad misma.

[2] No es precisamente una historia. La tendencia actual, que se acentuará con el progreso de la civilización democrática industrial, es un retorno a la mitología pero a una mitología subordinada a la propaganda partidista.

DESDE TIERRA SANTA

Jerusalén, enero 8 de 1951

My dear children:

El cura de Río Hondo, compañero de peregrinación, me invitó anoche a que le ayudara su misa de hoy. Durante la cena un franciscano entrega a cada sacerdote una nota, indicándole la hora y lugar donde le toca celebrar. A él le correspondió a las 5 y 30 en el propio Santo Sepulcro!! En plena noche, alumbrados por el guía, llegamos al santuario, que como creo haber explicado, está cavado en la propia roca del Sepulcro de modo que lo contiene como una gran bóveda. El Sepulcro está dividido en dos cámaras, la primera algo más amplia, destinada a reunión de los deudos y la segunda, muy estrecha, contiene el altar y para penetrar hay que doblarse completamente y dentro apenas caben el celebrante y el ayudante. Rachel quedó en la antecámara y desde allí pudo seguir la misa que yo ayudé apoyado sobre el Sepulcro. Pudimos comulgar durante la misa, quedándonos a la cantada que poco después se celebró con gran solemnidad. Se reza siempre la misa de Resurrección. Terminadas las misas, se sacó, como una gran concesión, la columna de la Flagelación que se guarda en un altar, y pudimos besarla.

Luego hicimos una interesantísima excursión que comenzó en Betania, donde visitamos la casa de Lázaro, bajando a su tumba, la famosa de su resurrección, y luego por una magnífica carretera llegamos al Mar Muerto, donde bajamos un rato. Es muy interesante y desde luego impresiona sentirnos bajo el nivel del mar. Al frente teníamos los montes de Moab, desde donde Moisés contempló la Tierra Prometida retirándose después y entregando el mando a Josué, que por allí cruzó el Jordán con su pueblo. Siguiendo ese camino llegamos a Jericó, en un valle muy fértil y alegre, y donde ahora se alojan cerca de 40.000 árabes refugiados de la zona judía, mantenidos por la UN, en tiendas, ranchos y cuevas. Cruzamos en medio de ellos y su desorden y miseria, hasta llegar al propio Río Jordán, donde me dí el gusto de montar un camello. Cerca de allí fué donde San Juan bautizó a N. S. y retrocediendo visitamos la fuente de Ehras donde las mujeres parecían representar una escena bíblica para nosotros, llenando sus cántaros que llevan en la cabeza y vestidas ellas tal como en las figuras de la Histo-

PRESENCIA

Aparece el 2º y 4º viernes de cada mes.

Dirección y Administración:

Venezuela 649 — T. E. 30 - Catedral - 2845

Se imprime en casa de Don Domingo E. Taladriz, San Juan 3875, Bs. Aires.

Precio del ejemplar	$	1.50
Número atrasado	„	2.—
Colección 1949	„	30.—
Colección 1950	„	30.—
Colección encuadernada 1949	„	50.—
Colección encuadernada 1950	„	50.—
Suscripción anual (20 núm.)	„	30.—



ria Sagrada. Lo único que nos actualizó la escena fué el ver a algunas a las que seguramente se les habría roto el cántaro, de tanto ir a la fuente, sustituirlo con tanques de nafta de camiones. Subimos luego al monte donde el demonio tentó al Señor y regresamos a la Puerta de Damasco, llegando en el momento en que salía el primer ministro de Jordania con su comitiva. Nueva recorrida del Bazar cuyos olores se nos han quedado pegados, y compra de rosarios y otros recuerdos, con los que ya podríamos poner una santería. Llegando al hotel, oímos el golpeteo de bastones y vemos descender por una calleja, al Patriarca de Jerusalén precedido por los bastoneros que le van abriendo paso y acompañado por su séquito. Una figura venerable y un conjunto interesantísimo. Aquí todo el mundo vive en la calle, vías angostas con un continuo ir y venir de gente, burros cargados, changadores llevando cargas enormes, todos gritan, nadie se pelea y nosotros que vamos siempre precedido por un gigantesco policía, nos habituamos pronto a la algarabía. Vestimentas de todos los colores y tipos, sucias la mayoría y remendadas. Otros muy elegantes con su atuendo árabe. Algunos fumando su narguilé y chicos por todos lados.

La recorrida de los lugares históricos que he mencionado, fué como es de imaginarse de enorme interés. El franciscano que nos acompañaba, al llegar a cada uno de los lugares, nos leía el pasaje pertinente del Evangelio, añadiendo luego explicaciones oportunas. Era un espectáculo realmente impresionante. Desde nuestros magníficos coches modelos 48 y por la moderna carretera, veíamos desfilar las escenas de hace 2.000 años, los camellos, beduinos, pastores, mientras nos cruzábamos con ómnibus cargado de árabes. Por suerte no hay un solo aviso de propaganda. Por la tarde otra ceremonia de las indescriptibles. El Vía Crucis por la Vía Dolorosa. Nos concentramos en el Pretorio de Pilatos y desde allí fuimos recorriendo las Estaciones siguiendo el mismo camino del Salvador, rezando en voz alta, en medio de la baraúnda del populacho, siempre protegidos por el policía, no porque nos molestaran sino más bien como símbolo de respeto. En lo único que se aparta el escenario original, es precisamente en el pueblo, pues aquí no hay un solo judío. Estamos en la zona árabe de la ciudad y recién mañana entraremos en la judía. La ciudad está todavía en pie de guerra. Desde la ventana de nuestro hotel, y al pie del mismo, vemos las alambradas y las trincheras con soldados árabes armados. Desde allí comienza el no man's lane y se ven por todas partes destrozos. Las ventanas del hotel están acribilladas a balazos. Arabes y judíos se odian a muerte y se tiene la impresión de que en cualquier momento vuelven a la lucha. Cuando mañana pasemos a la zona judía, cambiamos de guía y cruzaremos con todas las formalidades de frontera. Pero volviendo al Vía Crucis, piensen Vds. lo que significa ir recorriendo el mismo camino que Jesús regó con su Sangre y los sentimientos que se nos acumulaban al arrodillarnos en la calle, en cada uno de esos lugares y al oír al franciscano decir "Aquí cayó N. S. por segunda vez". "Aquí le ayudó el Cireneo". "Aquí la Verónica" y así hasta entrar en el Santo Sepulcro y relatar en su propio escenario las escenas finales. No hay quien no se conmueva y no advierta la horrible tortura de ese camino empinado, estrecho y tortuoso. Y nosotros no teníamos cruz que cargar y llegamos jadeantes al final... Qué distinto me parecerá el rezo del Vía Crucis en adelante.

Recién hoy he podido hacerles un telegrama que me había propuesto enviar desde que llegamos. Good night my dear children.

FRANK.

Jerusalén (judía), enero 9 de 1951

My dear children:

Hoy le ayudé la misa al P. Bringas, en el altar del Calvario, construído en el lugar en que N. S. fué clavado en la cruz antes de levantarla y donde fué colocado su cuerpo luego del descendimiento. Hicimos luego una gira a pie por la ciudad, pasando por el Muro de los Lamentos, silencioso ahora desde que los judíos han tenido que dejar la ciudad vieja. Subimos luego a la Mezquita de Omar edificada en el emplazamiento del Templo, donde enseñó a los doctores, de donde arrojó a los mercaderes, donde la Sma. Virgen sirvió de niña, etc. Se acumulan los recuerdos. La mezquita es magnífica. Tuvimos que calzarnos unas babuchas para entrar. El Franciscano que nos acompañaba, íntimo del Imán del templo. Todo cubierto de alfombras decorado en oro espeso. Es de forma circular y la cúpula cubre la roca de los sacrificios, o sea la que utilizó Abraham para preparar el sacrificio de Isaac y lugar donde se ubicaba el Sancta Sanctorum del Templo judío. Frente a esta mezquita y sobre la misma explanada del Templo se encuentra otra mezquita, la de Aksar, en forma de basílica, igualmente muy suntuosa. De allí pasamos a la piscina Probática, donde N. S. curó al paralítico y luego visitamos la casa de San Joaquín y Santa Ana, cantando la Salve en el lugar del nacimiento de la Sma. Virgen y rezando muy especialmente por Raquel y Mónica. Por último visitamos la iglesia del Ecce Homo edificada sobre el mismo lugar de la escena y que conserva buena parte del piso del Pretorio. Luego nos recibió el Patriarca de Jerusalén en su Palacio. Después de almorzar hicimos una visita de despedida al Santo Sepulcro y emprendimos el viaje a la parte judía de la ciudad, trayecto que describiré más adelante. Allí visitamos el Cenáculo y la Iglesia de la Dormición, ambos en el Monte Sión, el que está en el centro mismo de la ciudad. Era muy emocionante hallarse en el mismo lugar en que N. S. reunido con sus Apóstoles instituyera la Eucaristía y donde se apareció a los mismos y a Su Madre, después de Su Resurrección. La Iglesia de la Dormición construída sobre el lugar en que murió la Sma. Virgen, es una magnífica iglesia benedictina edificada sobre un terreno comprado por el Kaiser y costeada por los católicos de Colonia. La cripta con una figura yacente de la Virgen y altares sencillos con mosaicos, es de lo mejor que hemos visto. En la iglesia alta admiramos el piso con una composición hecha por uno de los monjes, que arranca en el centro con la representación de



la Sma. Trinidad y se va prolongando con los Profetas y una serie de símbolos interesantísimos. Fué ésta la primera de las visitas vinculadas a la historia de la Sma. Virgen, que nos han tocado hacer ayer y hoy y que forman un conjunto maravilloso. Pasamos la noche en el hotel y temprano fuimos a Misa al Santuario de Ain Karem, sobre la casa en que nació San Juan Bautista, luego la Iglesia de la Visitación que recuerda la visita de la Sma. Virgen a Santa Isabel. En la primera recordamos y rezamos mucho por Johny y también por los demás. El paisaje por aquí es muy hermoso, son tierras muy fértiles y bien cultivadas y se advierte el enorme esfuerzo de los judíos en hacer progresar la zona. Partimos luego para Nazaret, un viaje muy agradable por regiones pintorescas en cuyo transcurso el P. Franciscano nos iba explicando el valor histórico de cada lugar. El sitio en que Sansón peleó con los filisteos, el pueblo en que San José y la Virgen advirtieron que el Niño se había quedado atrás, la tumba de Samuel, etc. Llegamos a Nazareth al mediodía y enseguida de almorzar fuimos al Santuario de la Anunciación. El Franciscano, como lo había hecho en los otros lugares, leyó el Evangelio en el mismo lugar en que se realizó el gran milagro y misterio de la Encarnación del Verbo. Escuchamos de pie con una emoción que nadie podía disimular. Agregó unas palabras muy hermosas y después rezamos el Angelus y cantamos la Salve. Luego pasamos a otra iglesia en el lugar en que se hallaba la casa de la Sagrada Familia, donde se imaginarán cómo rezamos por Vds. Enseguida a la Sinagoga (hoy iglesia griega católica) a la que concurría N. S. de niño y joven, la Mensa Christi, una enorme mesa de piedra sobre la que una vez comió N. S. con los Apóstoles y la Fuente de la Virgen, que por ser la única de Nazareth, se supone con fundamento, ha de haber concurrido a ella muchas veces la Sma. Virgen. En media hora llegamos a Caná y en la Iglesia edificada sobre la casa de las bodas, rezamos sólo por nosotros dos. Mañana iremos a Cafarnaúm y al lago Tiberíades. Aunque debemos andar mucho y sobre todo subir caminos ásperos y tortuosos y nos cansamos bastante, lo aguantamos bien. May Our Lady keep you from evil and God bless you dear children.

FRANK.

SUMARIO